

# LA EDUCANDA.

Periodico de Señoritas.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Educacion é instruccion, por don A. Pirala.—A la memoria de mi Madre (poesia), por doña Amalia Domingo y Soler.—La entrada en el mundo, por doña Angela Grassi.—Amor fraternal, por J. P.—Clemencia (continuacion), por doña Joaquina G. Balmaseda.—GRABADO: *La Caridad*.—LAMINA: *Pliego de Bordados y Patrones*.

## EDUCACION É INSTRUCCION.

### EDUCACION INTELECTUAL.



NATURAL en el deseo de los padres de procurar á sus hijos los mayores conocimientos posibles, y procurárselos á las niñas, pues desvanecidas muchas añejas preocupaciones se ha visto que la pedanteria no es la consecuencia del talento, y que jóvenes y mujeres ilustradísimas llenan sus deberes domésticos tan bien como las mas hacendosas, y proveen á situaciones críticas como no lo hacen las que carecen de esmerada y sólida instruccion. En la enseñanza se ha adelantado mucho de algun tiempo á esta parte, pero ¿podemos vanagloriarnos de que los esfuerzos empleados hayan sido bien dirigidos? O para traer la cuestion mas á nuestro terreno, ¿se dan los medios suficientes para que la enseñanza sea debidamente aprovechada?

Hay libros perfectamente escritos, hay profesoras de verdadero génio; en cuanto á las discípulas, son, lo que han sido siempre, y aun si hemos de ser veraces, creemos que en la niñez y en la juventud de nuestros dias hay mas precocidad. Si esto se reconoce, se reconoce tambien el deber, la necesidad imprescindible de educar mas la inteligencia de la niñez.

Se adquieren algunos conocimientos, efecto de una comprension ó de una memoria puramente pasiva, pero en algunas niñas no suele haber gusto para la cosa enseñada, ni verdadero deseo de desenvolver el juicio, ni placer en ejercitarle; así permanecen extrañas á todo, y sus conocimientos parecen un con-

2.<sup>a</sup> ÉPOCA.

junto de flores cortadas, cuyos cogollos se marchitan sin abrirse.

¿Cuál es el resultado de esta ausencia de esfuerzos verdaderamente intelectuales durante la juventud? El fastidio y la indolencia; y si tiene una joven aficion á la lectura, solo leerá novelas, y si la gusta trabajar algo, será un trabajo poco menos que superficial.

Nada menos á propósito para aprender que las inteligencias inactivas; y la instruccion confiada solo á la memoria no da buenos frutos. Ademas, los sistemas cambian, los libros elementales rara vez sirven para dos generaciones en los pueblos cultos, y sobre todos los libros es precisa la esplicacion, el comentarlos, para de este modo comprenderlos, y aquí es donde la niña y la joven tiene que poner su inteligencia en ejercicio, donde da pruebas de ser negativa ó de tenerla privilegiada. Si solo ha empleado la memoria, si ha aprendido las lecciones como aprende á hablar un loro, sin comprender lo que dice, haga cuenta que nada sabe, y puede ver confirmada esta triste realidad cuando se la pregunte de diferente manera que lo hacen los libros que ha aprendido; no sabrá qué contestar, porque no sabe el espíritu de lo que estudió, ó mas bien no lo estudió, y sus contestaciones serán cuando mas confusas. Por esto la ventaja de comprender, de aprender por intuicion lo que se necesita saber.

Es una verdad incontestable que mas vale saber poco bien que mucho mal; y siempre consideraremos inconveniente cuando menos esa apariencia de universalidad que se da á la enseñanza de la niñez en algunos puntos. La instruccion entonces no puede menos de ser superficial, y hasta nociva á la salud y al desarrollo físico, porque se fatiga la imaginacion, y se gasta el tiempo á costa de la salud y de la natural alegría de la edad: la ventura y el encanto se desvanecerán sin que se pueda obtener la perfeccion en ningun género.

Si la cualidad, que bajo este aspecto debe exi-



jirise á la mujer es el gusto y facilidad para el estudio, mas bien que saber mucho, ella traerá de suyo el deseo de instruirse, para lo que solo tenemos que poner de nuestra parte el presentarles las escencias de esa cualidad, y la niña adquirirá entonces el hábito de la aplicacion, el deseo de ideas y conocimientos nuevos, y poseerá un cierto gusto para luchar con las dificultades, gozando al resolverlas.

El hombre al fijar su carrera suele fijar su destino: la mujer no puede saber cuál es el suyo, porque no puede prever cuál será el de su marido, y tiene que estar dispuesta á todo, para que en cada situacion pueda ocuparse útilmente para ella y para los demas, y si su espíritu no estuviese generalmente desenvuelto, no podria tener esa especie de aptitud universal.

Con el género de capacidad que deseamos podrá una mujer saber administrar una hacienda, llevar los libros de contabilidad, escribir una memoria sobre objetos de su cuidado, y tener la crítica y el juicio suficiente para escoger entre los diversos escritos los que puedan convenir á sus hijos, á los objetos que ama y por cuya felicidad vela; y á falta de recursos ó de personas, dirigir la instruccion de sus hijos con buenos libros y acertados consejos.

Para conseguir tan magnífico resultado se necesita en las niñas celo y aplicacion. Que se penetren de lo que les importa, de lo que puede afectar á su porvenir, y no le sacrificarán á tan poca costa. Adquirida la costumbre de estudiar, constituye hasta un recreo, y ¿cuál mas útil? cuál con mejores resultados, obteniéndolos no solo para sí, sino para los demás? Hoy que se rinde á la inteligencia tan legítimo culto, es una necesidad en todos la educacion intelectual, pero lo es aun mas en la mujer.

A. PIRALA.

### Á LA MEMORIA DE MI MADRE.

Madre infeliz! en tu modesta tumba  
No tendrás una flor en este dia,  
Pero la brisa que en los sauces zumba  
Repetirá doliente ¡madre mia!

Las madres que cifraron su alta gloria  
En prestar sus afanes mas prolijos,  
Esas tienen por tumba la memoria  
De sus amantes y dolientes hijos.

Esas madres benditas que embellecen  
De los suyos la mísera existencia,  
Esos ángeles buenos no perecen;  
Porque son de sus hijos luz y esencia.

Se las halla del bosque en la espesura,  
Se las ve en las estrellas y en las nubes,  
En la flor blanca, delicada y pura,  
Y en el dulce cantar de los querubes;

Del templo del Señor en el misterio,  
Del fatal infortunio en los azares,  
En los sauces del triste cementerio  
Y entre la bruma de rugientes mares.

Y por do quiera que la planta gira  
Siempre encontramos su invisible huella;  
Tal vez la mente en su dolor delira,  
Mas la ve en su delirio clara estrella.

Madre infeliz! en tu modesta tumba  
No tendrás una flor en este dia;  
Pero la brisa que en las hojas zumba  
Te dirá mi tormento y mi agonía.

Te dirá que yo guardo aquí en mi pecho  
Un recuerdo sin fin de tu ternura,  
Que está mi corazon pedazos hecho,  
Cáda ver que no encuentra sepultura.

¿Cómo podré vivir, madre querida?  
¡Quién tu cariño inmenso ha merecido,  
Quién con tu aliento reanimó su vida,  
Cómo podrá jamás darte al olvido!

Hoy recuerdo una humilde sepultura  
Que los restos de un ángel encerraba,  
Y allí su pobre madre sin ventura  
Sus quejas y lamentos exhalaba.

Aquel dolor tan grande y tan profundo  
Contemplé con respeto y con espanto;  
Entonces por mi bien cruzaba el mundo  
Sin comprender que se llorara tanto.

Entonces de la tétrica campana  
Nada eran para mí las vibraciones,  
Sin ayer, sin presente, y sin mañana  
Dormitaban tranquilas mis pasiones.

Desperté por mi mal, y en este dia  
En que orar junto á tí fuera mi gloria  
No te puedo dar flores, madre mia,  
Pero tienes por tumba mi memoria.

Madre del corazon, perdon te pido,  
Tu memoria es mi vida, en mi alma vive,  
Y tu nombre sagrado y bendecido  
Culto y adoracion de mí recibe.

Pero el destino y la desgracia mia  
Me apartan de tus míseros despojos,  
No brotan flores en tu tumba fria  
Porque le falta el llanto de mis ojos.

Ese llanto que agosta la existencia  
Que del dolor la tierra fecundiza,  
Que es de las tumbas misteriosa esencia,  
Porque cubre de flores la ceniza.



¡Fuistes madre infeliz tan desgraciada,  
Que aun muerta te persigue tu destino,  
En tu tumba modesta y olvidada  
No encontrará una flor el peregrino!

Mas si la brisa gime en la espesura,  
Si en la cóncava peña ruje el viento,  
Si en las flores el céfiro murmura,  
Son ecos que repiten mi lamento.

Culpa mia no fué; de mis dolores  
Tú comprendes muy bien la triste historia,  
Si en tu tumba no brotan bellas flores  
Es que tienes por tumba mi memoria.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

## LA ENTRADA EN EL MUNDO.

### XVI.

*De Leonor á Adela.*

Es verdad que hace tiempo que no te hablo de Margarita, y no me sorprende que hayas estrañado mi silencio. La reina que mas impera en sociedad, ó mas bien la que tiene en sus manos el monopolio absoluto del Imperio, es la Moda. Artistas, poetas, mujeres hermosas, todos aquellos que para brillar necesitan del concurso del mundo, están sujetos completamente á sus caprichos, mudanzas y desdenes. La precede como primer ministro la Ocasión, y la sigue el Olvido, borrando las huellas de su planta con las aguas del Leteo. Tal ó cual autor sale del círculo oscuro en donde estaba sumido por medio de tal ó cual ocasión oportuna. Al punto esta pronuncia en voz baja su nombre, la Moda lo repite, y cien y cien mil voces lo proclaman. Vuela de salon en salon, de plaza en plaza, de ciudad en ciudad: todos llaman y felicitan al feliz autor, se comentan sus gestos y palabras, y sus obras se venden á millares. ¿Tiene mas mérito hoy que ayer?

Pero la Reina se cansa pronto de un mismo favorito: acude á la Ocasión, que saca de entre la oscuridad un nuevo nombre, y entrega el primero al Olvido inexorable. ¡Ya nadie se ocupa de él! ¿Tendrá menos mérito hoy que ayer?

Desde que he aprendido á conocerlas, ya no quiero esas reputaciones brillantes, pero efímeras, dispensadas por Reina tan ingrata; prefiero las reputaciones sólidas, conquistadas palmo á palmo por medio del trabajo y el verdadero mérito; prefiero las reputaciones que no meten de improviso tanto ruido, pero que son mas duraderas y constantes.

Todas estas reflexiones me ha inspirado el recuer-

do de la pobre Margarita. Otra belleza, acaso mucho menos perfecta que la suya, la ha eclipsado completamente, y en el día ya nadie se ocupa de ella. Ni porque haya ido á los baños, que ha tomado bajo su amparo la caprichosa Reina, ni porque haya ido en peregrinación á su corte, que es París, con el objeto de adornarse con sus mas bellos atributos, no ha podido añadir ni un solo cero al número de sus adoradores.

Los favoritos de otras deidades del mundo, como por ejemplo la Gloria, la Riqueza, pueden, los unos reverdecen sus marchitos lauros, y los otros recobrar sus barras de oro. ¡El favorito de la moda que cae en el abismo del olvido no se levanta jamás!

Pero lo peor del caso es que él no olvida como los otros, y sufre el castigo de Tántalo viendo flotar delante de sus ojos la copa del placer, que ha saboreado una vez sin poderla volver á acercar á sus sedientos lábios.

Esta es la triste situación de Margarita!

Hasta el mismo Leopoldo parece haberla olvidado; está atento y respetuoso con ella, pero nada mas.

Ayer mismo fuí á un día de campo, dado por la Duquesa en una de sus casas de recreo, en donde se hallaban ambos.

Sentado Leopoldo enfrente de mí durante la comida, le veía suspirar á hurtadillas algunas veces, y otras dejar caer la cabeza sobre el pecho, con aire melancólico y abatido.

¿Por qué estará triste Leopoldo? ¡Hé aquí un enigma que trato en vano de resolver hace algunos días!

¡No puedes figurarte cuánto se ha aumentado el aprecio que me inspira! Su proceder es tan noble, tan caballeroso, tan digno! ¡Bien es verdad que goza del aprecio general!

Antes de ayer tomó el grado de doctor en Jurisprudencia. Nosotros asistimos á la ceremonia, que fué brillante, tan brillante como su discurso, lleno de erudición y de elocuencia. Mientras lo pronunciaba, siempre estuvieron sus ojos fijos en los míos, y cuando concluyó, entre un murmullo de admiración y entusiasmo, también fué para mí su sonrisa de alegría.

Luego, apenas se hubo terminado el acto, vino hacia nosotros, esquivando plácemes y felicitaciones... Estaba trémulo, conmovido... ¡Estaba muy bello en medio de su emoción!...

—Hermana, me dijo en voz alta, ofrezco á Vd. mi nuevo título!

Hermana! Cien veces he oído este dictado en sus lábios, y nunca me pareció tan dulce como entonces. Me sentía orgullosa con su triunfo, orgullosa de su cariño!

¡Oh, cuán feliz, cuán feliz, será la mujer que él elija para compañera de su vida!



Pero volvamos á Margarita.

Cuantas artes empleé yo en cierta noche, en que aun carecia de juicio, otras tantas empleó ella para atraer á Leopoldo, sin llegar á conseguirlo.

Tú sabes lo que es un dia de campo, cuya primera condicion se reduce á una libertad absoluta, sin faltar por esto á las leyes del decoro. Cada uno hace lo que quiere, va por donde quiere. Nos habíamos dividido en grupos, y sentados sobre la fresca yerba gozábamos de la puesta del sol, la mas bella que yo jamás he visto.

Fuese por casualidad, fuese porque alguna de sus antiguas rivales hubiera querido gozarse con su humillacion, Margarita quedó sola junto al árbol en donde habia ido á recostarse. Entonces tendió en derredor de sí sus angustiosas miradas, y tomando una decision repentina, vino hácia nosotros con paso vacilante.

—Ves? exclamó Jacinta con voz baja, se dirige aquí! Se quiere hacer la niña, viniendo á formar parte de nuestro corro! Quién sabe si se pondrá á jugar á juegos de prendas con nosotros!

¿Te acuerdas de cuando nos miraba con tan soberano desden?

Ahora nos busca: ahora que se ha vuelto fea y vieja!

—Estás en tu juicio? exclamé con enojo, fea y vieja! La encuentro tan admirablemente hermosa como antes!

—De todas maneras, ahora que nos busca, ahora es la ocasion de vengarnos y hacerla un desaire muy marcado!

—No te entretengas, la dije vivamente, no te entretengas en forjar esas bajas intrigas mujeriles, que solo dan por resultado el hacer patente la ruindad y pequeñez de nuestro espíritu! Si nos ha ofendido alguna vez, correspondamos á su ofensa con un proceder noble, digno y generoso!

Créeme, Jacinta: hay maldad en hacer sufrir una mortificacion de amor propio á quien quiera que sea; hay orgullo criminal en no mostrarse tolerantes con las debilidades ajenas!

En poco tiempo he aprendido muchas cosas: ahora sé que para ser verdaderamente apreciadas en sociedad es preciso saber amar y perdonar, es preciso ser atentas á la vez con grandes y pequeños: digo mal, es preciso rodear á los segundos de mas delicadas atenciones, de mas esquisitos miramientos.

Jacinta se encojió de hombros, y se puso á hablar en voz baja con las otras jovencillas.

En un instante estuvo tramada y resuelta la conspiracion. Se trataba de levantarse todas en el acto mismo en que se sentase ella, y alejarse sin dirigirla siquiera la palabra.

No quise adherirme á semejante idea... Se fueron y me quedé... Me quedé á su lado mientras ellas

huian á través de los campos como una bandada de palomas.

Si hice bien, pronto obtuve la recompensa.

La Duquesa, que todo lo habia observado, vino á sentarse entre Margarita y yo, y cojiéndome de la mano, me la estrechó vivamente, mientras la misma Margarita fijaba en mí una mirada de ardiente gratitud.

—Bien, Leonor, muy bien! murmuró en mi oido Leopoldo, que se habia acercado sin que yo lo hubiese visto.

Su voz temblaba al decir esto, sus ojos despedían rayos de ternura...

¡Cuántas recompensas por tan leve buena accion!

¡Si me habré equivocado al pensar que el mundo es ingrato é indiferente! ¡Oh, sí, ingrato; ingrato, indiferente y olvidadizo para el mérito falso y de relumbron; admirador, y admirador entusiasta para el mas pequeño átomo de mérito verdadero que encuentra en su camino.

¡La moda no puede dar ni quitar los lauros del talento y la virtud, porque no están sometidos á su falaz imperio!

ANGELA GRASSI.

## AMOR FRATERNAL.

Preguntaban un dia, siendo niño y huérfano, á Caton, el de Utica, que fué despues uno de los hombres célebres de la antigüedad, cuál era la persona á quien mas amaba en el mundo. El niño contestó sin titubear.—A mi hermano.—¿Y luego? le dijeron.—Tambien á mi hermano.

Con efecto, despues del santo y dulce lazo que une á los padres con los hijos, nada hay tan sagrado como el amor fraternal.

Inútilmente buscaríamos un símbolo mas expresivo de este dulce afecto que el que representa nuestro grabado: dos niños abrazándose en el seno materno comparten el cariño de la que les ha dado el sér, y confundiéndose sus caricias forman el primer lazo que une á los hombres sobre la tierra.

Tambien puede representar á la Caridad acogiendo en sus brazos á todos los hombres indistintamente como hijos suyos.

El niño, casi desde la cuna siente la necesidad de otro sér á quien hacer partícipe de sus juegos, de sus goces y hasta de su llanto, y nadie como un hermano puede satisfacer este deseo.

Nacidos bajo un mismo techo, alimentados en el mismo seno, educados bajo los mismos principios, el hermano encuentra necesariamente en su hermano



su primer amigo : el amor fraternal crece y se desarrolla naturalmente ; el mas fuerte defiende al mas débil ; el mayor es el apoyo del mas pequeño. ¡Sociedad encantadora, cuyos goces principian en la cuna, y cuyo recuerdo nos sigue hasta el sepulcro!

Como todos los hombres somos hermanos, por ser miembros de la gran familia humana, que principió en Adán y Eva, el sentimiento de la Fraternidad nace con nosotros y la Religión le santifica con el nombre de *Caridad*.

La Caridad, sublime emanación de la bondad del Criador, que nos manda amarnos los unos á los otros, es el perfume del alma y la primera de las virtudes cristianas.

El alma se esparce gozosa al primer acto de su caridad, como el capullo de la rosa se abre aromático al primer rayo de sol.

Para los necesitados la Caridad es la limosna, enaltecida por Dios, con la mano siempre abierta para dar de comer al hambriento y vestir al desnudo.

Para los que padecen moralmente es el consuelo que con dulces palabras y tiernos cuidados sirve de bálsamo saludable en las grandes aflicciones.

Algunos la confunden con la Filantropía, pero es muy diferente. La Filantropía tiende una mano compasiva á la miseria por amor á la humanidad. La Caridad nos impulsa á aliviar y socorrer al prójimo nuestro hermano por el amor de Dios.

La Caridad ejerce una influencia saludable sobre todas las edades de la vida, pero donde se manifiesta mas espontánea es en la juventud : el corazón vir-

gen todavía de impresiones funestas está mas dispuesto á sentimientos nobles y generosos, y no puede contemplar sin derramar lágrimas á la madre desgraciada que implora la caridad en favor de sus hijos pequeñuelos que carecen del pan de cada día.

La caridad es sobre todo la virtud peculiar de la mujer : ella con el noble instinto de su corazón, con sus delicadas maneras, con su ilustrada penetración, adivina las necesidades, y distribuye oportunamente á cada una los socorros que reclama.

La mujer caritativa es el Ángel bueno de los desgraciados.

J. P.



La Caridad.

## CLEMENCIA.

Continuacion.

Dirigióse, pues, á la oficina de su amigo, que le recibió primero con frialdad, creyendo que el objeto de su visita era recordarle su crédito, y solo cuando vió que su amigo y condiscípulo lejos de hablarle de semejante asunto le tendía la mano con cordialidad, se abandonó al placer de verle. Hablóle entonces de sus pérdidas, le aseguró que había sido inícuamente enga-

ñado en sus negocios, precisamente cuando iba á realizar inmensos beneficios. Que desde entonces arrastraba una existencia lánguida, sin poder contar ni aun con los auxilios de sus amigos el vizconde A. y el baron de X... que todos se hallaban en un estado tan lamentable como él.

Viendo que Julio le escuchaba con atención, añá-



dió con su incorregible petulancia.

—¡Ay, amigo! que cosa tan terrible es descender hasta comparsa de un teatro donde se ha representado el primer papel. Cuando recuerdo que he tenido á mi disposicion ochocientos mil francos, carruajes, caballos ingleses, y por amada la actriz mas linda de París! ¿Y lo creerás? aun confio en mi estrella, que hoy cubre una nube y que reaparecerá mañana brillante y esplendorosa. Esta esperanza me sostiene, y es seguro que si yo pudiese disponer solo de dos mil francos me embarcaba mañana para América y no volvía sin un millon en cada mano.

Julio, que solo habia ido para hablar de Clemencia, tuvo que escuchar esta insipida charla, hasta que viendo que no podia hablar á su amigo de nada formal, se despidió de él, citándole á comer en una fonda, y se dirigió á la calle de San Luis, reflexionando el medio de librar á Clemencia de su fatal hermano.

Esta vez no fué la jóven, sino la criada quien abrió á Julio, que penetró en la sala donde Clemencia le recibió con jovialidad, y llevándole junto á Madama Ogé le dijo:

—Ved á mi madre.

Se aproximó el jóven á ella, y presentándole la mano con cariño exclamó:

—Buenas tardes, señora, ¿me reconocéis?

La idiota alzó sus ojos, le sonrió con su sonrisa estúpida, é inclinó de nuevo la cabeza.

—Habla muy poco, murmuró tristemente la jóven, y no comprende nada.

Una nube de tristeza empañó la frente de Julio, y su silencio tenia algo de grave, de doloroso.

—Ya veis, continuó Clemencia, en que situacion está mi madre, que necesita de toda mi ternura, de todos mis cuidados. Mi madre idiota, mi hermano extraviado por sus locuras, son una doble cruz que el cielo me manda, y para llevarla dignamente necesito de todo mi valor. He reflexionado esta noche: veo que seria poco noble arrojar sobre vos la mitad de semejante carga, y que además, los obstáculos que antes nos separaban, nos separan hoy, y desisto de todos mis propósitos. No siento la confesion que anoche os hice, pero yo no he nacido para ser vuestra esposa, y ambos debemos sacrificarnos.

Al oir estas palabras, Julio palidecia, se ponía rojo de repente, apretaba los puños, se mordía los labios, y lanzaba sobre ella miradas de cólera.

—Es decir, exclamó por fin, que me arrebatáis todo el bien que anoche me concedisteis. Es decir, que me arrojaís á la tierra despues de haberme conducido á las puertas del cielo.

Jamás le habia visto Clemencia en semejante estado, y ante su vista extraviada, no pudo contener un movimiento de terror, rogándole que se calmase con acento cariñoso.

Un rayo de sol tarda mas en penetrar por un cris-

tal é iluminar un cuarto sombrío, que tardó la dulzura de Clemencia en cambiar los sentimientos del jóven; la arrastró hácia sí, estrechó sus manos, las cubrió de besos y de lágrimas, y continuó con voz conmovida:

—¿Cómo podeis creer que vuestra madre sea un obstáculo entre los dos? Cuando os contemplo sola admiro vuestra belleza; pero cuando os veo á su lado admiro vuestra virtud, y siento que os quiero mas. En cuanto á vuestro hermano he encontrado un medio de sustraeros á los temores que os causa; ¿os importa mucho que esté en París?

—Al contrario, deseo con todo mi corazon que se aleje. Cuando viene á verme su exasperacion me causa miedo, y cada dia espero nuevas desdichas.

—Pues bien, yo me encargo de todo, y antes de ocho dias vendrá á despedirse de vos.

—¡Haceis milagros! exclamó la jóven sonriendo.

La conversacion tomó un giro mas trivial, jugando en ella una porcion de pequeñeces, realzadas con la intencion de su amor, y agradecidas con una sonrisa, con un suspiro.

A las diez Clemencia advirtió á su amante que era hora de retirarse, lo que aquel se dispuso á hacer depositando en su mano un beso de despedida.

—Cuándo fijareis el dia de nuestro enlace? murmuró el jóven en voz tan baja que parecia un suspiro.

—Os he dicho que cuando vuestro padre consienta.

—¿Pero no podremos irlo disponiendo entretanto?

—Nunca, murmuró la jóven con acento severo; aun no tenemos su consentimiento, y acaso no le tendremos nunca.

Julio sintió un supersticioso temor, hijo acaso de la inquebrantable firmeza de la jóven.

Su primer cuidado al dia siguiente fué escribir á su padre, lo que no era tan fácil como se figuró. Irritado por la dependencia que habia sacudido hacia tanto tiempo, no encontraba medio de escribirle una carta afectuosa. Temia que su padre tuviera un placer en oponerse á su dicha, y por fin se decidió á referir á su padre la verdad de los acontecimientos, recordando lo mucho que habia querido siempre á Clemencia, y añadiendo que no pedia mas que su consentimiento para un matrimonio que debia volverle á la senda del bien.

«Soy bastante rico para los dos, añadia, y mi eleccion os dispensará de los gastos indispensables al unirse á una familia elevada.»

Con la conciencia tranquila despues de haber dejado esta carta en el correo, el jóven se encaminó á casa de su amigo Augusto, que se sorprendió de tan matinal visita.

—Soy el mensajero de tu fortuna, exclamó Julio



riendo, ¿no deseas hacerte rico en la California? pues bien, yo te pago el viaje.

— ¿De veras? exclamó Augusto abriendo desmesuradamente los ojos.

— ¿Vacilas?

— De ningún modo, parto mañana mismo, si tú quieres. Precisamente he soñado esta noche que he de llegar á ser millonario.

Ambos jóvenes pasaron la mañana en hacer los preparativos para el viaje, y en escribir al Havre encargando asiento en el vapor que saliera mas pronto. Augusto corrió á casa de su sastre y preparó su maleta como la de un dandy que va á pasar el verano en Baden ó en Biarritz. A nadie comunicaba sus proyectos, y cuando Julio le preguntaba qué pensaba hacer cuando llegase á la California, respondía con aire misterioso que tenía su plan. ¿Qué plan era este? De seguro no era trabajar en las minas.

## XVII.

### Dos cartas.

Al cabo de dos dias todo estaba pronto, encaminándose Julio y Augusto para prevenir á Clemencia su determinacion: aunque esta no ofreciese á la joven sino motivos de alegría, no pudo contener sus lágrimas ante la idea de separarse de su hermano, acaso para siempre: al abrazar los dos á su madre idiota, ambos lloraron en silencio, y el remordimiento penetró por primera vez en el corazon de aquel hijo culpable. Las impresiones dolorosas no podian ser sin embargo duraderas en aquel carácter frívolo, y Augusto recobró al punto su buen humor, alimentándose de quiméricas esperanzas, que él creía realizadas. Julio y Clemencia le escuchaban con compasion, mientras el joven exclamó de repente:

— Una idea me ocurre; tú siempre has querido á Clemencia: pues bien, espera dos años para casarte y te entregaré su mano con un millon de dote.

Los dos amantes cambiaron una mirada espresiva, y cuando llegó la hora de separarse Augusto abrazó á su madre y á su hermana, y como ésta le dijese llorando que volviese aun antes de partir, prometió hacerle, última mentira, aunque mas noble que cuantas habian salido de su boca, puesto que era por evitar á su hermana el dolor de una despedida.

Julio habia calculado el dia en que podria recibir respuesta de su padre, y contaba despues de recibirla partir con Augusto al Havre, y no separarse de él hasta dejarle embarcado. La carta llegó en efecto, pero al recorrer sus primeras líneas sus ojos se inyectaron de sangre, su palidez se tornó lívida y se estremeció de furor. Nada contenia sin embargo la carta que no debiera esperar; Mr. Moreau aprovechando la ocasion de manifestar su autoridad pater-

nal, le dirigia violentas recriminaciones, añadiendo que hasta entonces le habia tenido por un libertino, pero que ya estaba convencido de que era un loco; pues loco era el que queria casarse con una mujer de mas edad, y sin mas bienes de fortuna que una madre idiota y un hermano calavera; declarando por fin que jamás consentiria en semejante union. Julio contestó á esta con otra no menos violenta, en la cual le devolvía injuria por injuria, anunciándole que antes de un mes Clemencia seria su esposa.

Satisfecho de este despique de amor propio partió á reunirse con Augusto, al que no dió parte de la carta que acababa de recibir, y aquella misma tarde salieron juntos para el Havre.

Inútil es que nos detengamos en dar detalles del embarque de Augusto, que con gran número de desgraciados ó ignorantes, entre los que pudo pasar por la distincion de sus maneras por un duque disfrazado, se embarcó en la fragata *La bella Andaluca*. Cuando Julio la vió desaparecer entre la bruma, respiró como un hombre que se libra de una pesada carga, y se volvió á París al lado de Clemencia, sin preveer el golpe que su padre le habia preparado.

Cuando vió á la joven advirtió en su rostro un sello de triteza, que atribuyó á la partida de su hermano, y la conversacion se prolongó lánguida y sin interés, á pesar de todos los esfuerzos de Julio. La sombría claridad de la lámpara, y el abatimiento de la joven, el silencio que les rodeaba... todo inspiraba á Julio un secreto terror. Por fin, no pudiendo resistir por mas tiempo aquella situacion difícil exclamó:

— Algo mas que la partida de vuestro hermano os preocupa. ¿Qué teneis? Confiadme vuestros pesares.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con tal ternura, que conmovieron hasta las últimas fibras del corazon de la joven: nunca, desde que habia muerto su padre, habia sido interrogada con tal cariño. Calló un instante, y lentamente, como si cada una de sus palabras sintiera salir de su boca, murmuró:

— Mucho siento, Julio, afligiros cuando tanto os debo. No queria haceros esta confidencia, pero tampoco me siento con valor para pasar por inconstante á vuestros ojos, y prefiero que ambos nos quejemos del destino. He recibido una carta de vuestro padre.

Julio permaneció mudo: entre todos los recursos que esperaba pusiese en juego su padre, no habia contado con este. La joven abrió su costurero, y sacando de él una carta se la entregó á Julio.

La carta era una obra maestra de habilidad: en ella el padre de Julio colmaba de elogios á la inocente niña, afirmaba despues que su hijo no podria hacer feliz á ninguna mujer, que contaba con sus consejos para disuadirle, y que si por el contrario realizaban aquel enlace sin el consentimiento de sus pa-



dres, ella como mayor seria responsable de la maldición que un padre lanzaría á su hijo rebelde, despues de desheredarle.

Julio leia para sí esta carta sin hacer ninguna reflexion, y su carácter violento cedió entonces á una calma sombría. Cuando recorrió silenciosamente las tres páginas, no hizo un gesto, no pronunció una palabra, pero las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Lágrimas amargas! Lágrimas vertidas por el corazón de un hombre que como avergonzadas de asomar á sus ojos, caian silenciosas sobre el papel.

Clemencia al ver estas lágrimas experimentó la primera dicha que habia disfrutado en la tierra, y hubiera dado el resto de su vida por tener en aquel instante los derechos de una esposa, y confundir sus lágrimas con las de Julio. Por fin, atendiendo solo á su deber, murmuró:

—No me perdonará la confesion que os he hecho y que debí siempre ocultaros.

—Y vos, exclamó el jóven con amargura, ¿obrais de acuerdo con mi padre en contra mia? ¿seguireis el camino que aquí os traza?

—Le seguiré á pesar mio. Le seguiré, aunque hoy mueran todas mis esperanzas, porque conozco el carácter inflexible de vuestro padre.

—¿Le conoceis? entonces bien comprendéis con qué perfidia ha calculado todas las palabras de esta carta. Si le conoceis, no os dejareis cojer en el lazo que os tiende, y le despreciareis como yo le desprecio.

—Julio, murmuró Clemencia con acento trémulo, ni una palabra mas, yo os lo ruego. He sufrido menos al leer esta carta que sufro al oiros á vos.

—No le defendais, añadió el jóven con exaltacion creciente. Si esta carta fuese dirigida á mí, os calumniaria para perderos á mis ojos. Estoy resuelto: no seré víctima de su perfidia y de vuestros escrúpulos; no en vano soy su hijo, y tengo una voluntad tan firme como la suya á que se unen mi juventud y mi amor. Sereis mi mujer, á pesar suyo, á pesar de vos misma.

Y estrechando á la jóven en sus brazos, murmuró á su oido palabras de amor, frases de locura que turbaban á la jóven, que en aquel instante no tenia mas defensor que su inocencia.....

De repente un agudo chillido, un grito de terror llegó á su oido. Julio retrocedió como helado de espanto, y la jóven echó á correr hácia el cuarto vecino, exclamando con un acento arrancado del corazón:

—¡Madre mia!

Era, en efecto, su madre quien habia gritado de aquel modo.

(Se continuará.)

JOAQUINA G. BALMASEDA.

## Explicacion del pliego de Dibujos.

NUM. 1. *Cenefa* para alba ó sabanilla de altar bordada con *aplicacion* de muselina sobre tul: cada guirnalda lleva en el centro los anagramas de Jesus y María.

NUM. 2. *Ramo* bordado con torzal de colores, para cinturón ó corbata.

NUM. 3. *Cifra* bordada á *feston*.

NUMS. 4 y 5. *Cifras* bordadas á *plumetis* y *arenilla*.

NUMS. 6 y 7. *Cuello* y *puño* bordados al *minuto*.

NUM. 8. *Escudo* bordado al *minuto*.

NUM. 9. *Pañuelo* bordado al *minuto* con entredos de valenciennes, embutido en la *cenefa*, sujeto con *feston* á las orillas, y recortada despues la tela de abajo.

NUM. 10. *Cifra* bordada á *plumetis* y *arenilla*, con corona de Marqués.

NUM. 11. *Cenefa* bordada al *pasado*.

NUM. 12. *Cifra* de gran novedad, bordada á *plumetis*.

NUM. 13. *Guirnalda* de pensamientos bordada á *plumetis* para *cifra*.

NUM. 14. *Cuello* rico bordado á *plumetis* con aplicacion de encaje en los medallones.

NUM. 15. *Entredos* bordado con *trencilla* ó á *cadeneta* para falda interior.

NUM. 16. *Pañuelo* bordado á *plumetis*.

NUM. 17. *Entredos* bordado al *pasado*.

NUM. 18. *Cenefa* bordada á *feston* y *punto ruso*.

NUMS. 19, 20, 21, etc. *Cifras* y *nombres* bordados á *plumetis*.

El patron que va á la espalda es de un chaleco para señora, semejante á las chupas del tiempo de Luis XV, y muy á propósito para trajes de campo, con paletot abierto: este chaleco puede ser de piqué, bordado con *trencilla*, ó de la misma tela que sea el traje.

NUM. 1. *Delantero del chaleco*.

NUM. 2. *Espalda*.

NUM. 3. *Zapatilla* para verano, bordada en tafilete, ó cabritilla con *trencilla* de color ó cordon de oro. Hay necesidad de hilvanar la piel sobre un lienzo muy tirante en el bastidor, para bordarla.

Por lo no armado

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1865.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.